

JOAQUIN NAVARRO

FULGOR DE LIBERTAD

El Estado contra Euskal Herria



KALE GORRIA

INDICE

PROLOGO 9

ENCUENTRO EN EUSKADI 21

LA CRUZADA ANTINACIONALISTA 25

PRIMERA MEMORIA DE EUSKADI 113

DE LA DICTADURA A LA OLIGARQUIA CORONADA 133

OTRA VEZ EN EUSKADI 171

ESTAMPAS DONOSTIARRAS CON 183

PERSONAJES SINGULARES 183

INDICE ONOMASTICO 229

PROLOGO

Con un hierro infernal en el costado

Nunca se me ocurrió escribir sobre mi experiencia en relación con la realidad vasca desde la perspectiva de otros. Sobre qué pensaban y decían personas que he conocido a lo largo de mi vida en torno al País Vasco, las cosas vascas y al "conflicto vasco". Decía Henry James que un escritor es, en realidad, dos personas diferentes: el hombre que vive sentado y sufre la pasión de vivir y el animal social moviéndose por banquetes y salones en busca de material para "su amo o esclavo secreto".

Cuando alguien decide escribir sobre su propia vida ¿qué debe hacer? ¿Escribir sobre un hombre sentado o sobre un hombre en movimiento? ¿Sobre la teoría o sobre la práctica? ¿Sobre lo que le ocurre al escritor o, sencillamente, sobre lo que se le ocurre? Una vez que se ha decidido por unas u otras opciones surge la cuestión esencial. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo llevar a cabo el proyecto combinando la máxima lealtad con la historia real, el necesario pudor con uno mismo y con los demás y la justicia exigible para el relato y para todos los que en él aparecen?

La respuesta no puede ser otra que la sinceridad, la autenticidad y la rebeldía frente a toda ortodoxia, dogma o pensamiento único.

Son tres falsificaciones de la realidad. Representan la mentira universal que pretende sustituir a las verdades plurales. Esto es así en relación con cualquier problema. Pero lo es mucho más en el caso del conflicto vasco, sus causas, sus consecuencias y sus posibles soluciones. Por desgracia, casi nadie cede a la tentación de la superchería. Casi nadie se atreve a decir limpiamente la verdad de lo que piensa. Casi nadie tiene la osadía de limpiar su alma de prejuicios para enfocar la lente crítica sobre el problema.

Con todo, el máximo obstáculo es la resignación y el conformismo. La obediencia al guión impuesto por la "autoridad competente". La aceptación, más o menos resignada, de la servidumbre voluntaria que nos propone el sistema, la ingeniería del consenso como máquina de producción de docilidad política e inanidad intelectual. Sin rebelarse contra esa servidumbre y sin rechazar esa resignación y esa docilidad no es posible una mínima honestidad. Sólo los que se enfrentan a las "leyes escritas" y a los principios impuestos por la propaganda del sistema pueden alcanzar la dignidad de decir lo que piensan y, previamente, pensar con rigor lo que dicen.

Una de las figuras más conmovedoras de la tragedia griega es Antígona. Representa la rebeldía contra las leyes escritas en nombre de los principios de la conciencia personal y de las "leyes no escritas de los dioses". La desobediencia a los designios del poder convertidos en ley del Estado. Polinices, hermano de Antígona, ha muerto luchando contra Tebas, su tierra natal. El nuevo jefe de Tebas es Creón. Nada más producirse la muerte de Polinices, promulgó una ley ordenando que su cadáver no reposase bajo tierra. Quienes desobedeciesen la orden serían ajusticiados.

La prohibición de Creón se fundaba en una práctica ateniense que tenía por finalidad que los enemigos desleales o los traidores a la pólis no pudiesen albergarse en el reino de Hades ni, por supuesto, en los Campos Elíseos. El terrible castigo se había aplicado al mismísimo Temístocles, que tantos días de gloria aportó a la democracia ateniense pero que fue declarado traidor. Su cadáver quedó insepulto.

Creón explicó cuidadosamente las razones de su decisión. Polinices había despreciado a su propia ciudad, que era el origen y la salvaguarda del pueblo y de cada uno de sus ciudadanos y merecía, por ello, el mayor respeto. Que nadie se atreviese a incumplir

su mandato porque el castigo sería inevitable. No habría piedad con el rebelde porque era preciso mantener a toda costa la santidad de la ley que había promulgado. Cualquier atentado contra ella era una agresión contra la ciudad y contra los dioses.

Pero Antígona no podía aceptar la ley de Creón. Desafiándola, celebró los ritos fúnebres y dispuso el enterramiento del cadáver de su hermano. Fue capturada de inmediato y conducida hasta Creón. Ante él se defiende fundamentándose en que obedece las leyes de los dioses en contra de la ley efímera, humana y coyuntural de un gobernante. Sófocles le dio esta forma a las palabras de Antígona ante Creón:

"No creo que vuestros edictos sean tan importantes como para que un hombre mortal rechazase las leyes no escritas e inmortales de los dioses cuya vida no es de hoy o de ayer sino de siempre y nadie sabe de dónde provienen. No me expondré al castigo de los dioses quebrantando estas leyes por temor a ningún hombre".

La cuestión tenía una importancia extraordinaria. Antígona acusa a Creón de violar las leyes no escritas. Esas mismas leyes que Pericles, en su discurso fúnebre, declara que los atenienses cumplen y deben siempre cumplir. Creón había creado una buena impresión al declarar que defendía la ley y el orden. Pero apareció después como un hombre engañado por su vanidad y su prepotencia, mientras que Antígona, que empieza desafiando a la autoridad, alcanza una heroica grandeza. Aunque muere por haber desobedecido al poder y a la ley escrita, Creón será destruido después por una terrible sucesión de golpes que le asestan los dioses, indignados por la muerte de Antígona. La autoridad de la conciencia —en la que están grabados los principios de la ética universal— está por encima de la autoridad del poder. La Justicia está por encima del Derecho y de las leyes.

El pueblo vasco lo sabe muy bien. Ha aprendido en propia sangre y en propia alma que la única forma de ser libre es elegir el camino de la insumisión, la desobediencia civil, la resistencia y la rebelión. Decía Tucídides: "Recordad que el secreto de la felicidad está en la libertad y el secreto de la libertad, en el coraje". La felici-

dad del pueblo vasco no será una realidad efectiva si no es a través de su libertad política. Y ésta no se puede conquistar sin el coraje preciso para hacerla incontestable.

En su "Discurso de la servidumbre voluntaria" decía la Boétie, citando a Platón, que la clave de la persistencia de la tiranía en los pueblos asiáticos estaba en que no sabían pronunciar la palabra NO. Aquí, en Celtiberia, muchos de los que se esforzaron para decir NO a la servidumbre forzosa de la dictadura terminaron por decir SI en cuanto, muerto el dictador, columbraron una congrua participación en el poder oligárquico que sustituyó a la dictadura. Muchos de los que proclamaban que el derecho de autodeterminación de los pueblos y las naciones del Estado español era presupuesto incuestionable de la democracia que se dibujaba en el horizonte —y que en él sigue, pero rodeada de borrascas y erizada de impotencias— se convirtieron rápidamente, una vez instalados en la oligocracia coronada, al dogma de la unidad de la patria común e indivisible.

Como los esclavos de Hegel, se pasaron con entusiasmo desde la servidumbre forzosa de la dictadura a su actual servidumbre voluntaria. Confundieron intencionadamente la libertad política con el reconocimiento de su "legalidad" por el Estado. Y se prestaron con entusiasmo a damasquinar la legalidad de la dictadura con la legitimidad democrática de la que se creían portadores a pesar de su ruptura con la libertad política de los pueblos del Estado para disponer de sí mismos como democráticamente les petase.

Casi todas las naciones proceden de generaciones de esclavos. Como ha escrito García-Trevijano, el Estado español "es un gran sedimento de genes apocados, desleales y acomodaticios que ha sido rigurosamente seleccionado con una eliminación sistemática y constante de los genes más intrépidos, leales y emprendedores". Guerras de "reconquista", expulsión de judíos y moriscos, conquista y civilización de América —con genocidio físico y cultural incluido—, guerras de religión, guerras civiles, emigraciones en busca de fortuna, emigraciones laborales, exilio político, represión, persecución y linchamiento de la discrepancia... Junto a esta terrible máquina de producir docilidad política y servidumbre forzosa y voluntaria, el método que Anquixes aconsejaba a Eneas no excede de un sencillo nivel artesanal: "Tú, romano, acuérdate de tratar con cuidado a tus obedientes súbditos y de abatir a los rebeldes orgullosos".

El pueblo vasco —su gran mayoría y, desde luego, su inmensa minoría de militantes de la resistencia— conserva intacto el orgullo de decir NO a la sumisión política y al régimen de servidumbre voluntaria que pretende imponerle el Estado. Es admirable su lealtad a las propias convicciones, su inconformismo, su fidelidad al objetivo nacional que se ha marcado, su energía y su coraje para mantener en pie "la casa de mi padre" y aproximarse, pese a todo, al horizonte de autodeterminación que se anuncia entre tantas borrascas y amenazas.

Ha sido un filósofo español, Jorge Santayana, quien más lúcida-mente ha tratado la sumisión agradecida de las masas en una hermosa y terrible parábola sobre el origen histórico del Estado. Late en ella una idea fatalista: el poder político se impone a la comunidad de la que teóricamente nace no porque sea bueno o útil sino porque es inevitable. Este pasaje de su obra "La vida de la razón" ilustra perfectamente sobre la capacidad del poder despótico para conseguir docilidad y sumisión.

"Supóngase que un salvaje hambriento y con frío, al no encontrar suficientes bayas y caza en los bosques, bajase a una pradera donde estuviera pastando un rebaño de ovejas y se arrojase sobre un manso cordero que no hubiera podido huir como los demás, desgarrara su carne, succionara su sangre y se vistiera con su piel. Todo esto no podría considerarse una acción emprendida en interés de las ovejas. Sin embargo, sería posible que, a la larga, condujese a su beneficio. Pues el salvaje, al sentirse poco después nuevamente hambriento e insuficientemente abrigado con su escasa vestimenta, podría atacar por segunda vez el rebaño y así irse acostumbrando, lo mismo que su complacida familia, a un tipo más sustancial de ropas y de alimentos.

Supongamos ahora que una manada de lobos, u otro salvaje, o una enfermedad, atacara a esas infelices ovejas. ¿No las defendería su primitivo enemigo? ¿No se habría identificado con sus intereses hasta el punto de que su total extinción o su padecimiento lo alarmarían también a él? En la medida en que procurase su bienestar ¿no se habría convertido en un buen pastor? Si algún carnero castrado que amara a su especie razonara junto con sus compañeros sobre el cambio de su condición, podría estremecerse al recordar aquellos primeros episodios y ante la contribución de ovejas y bellones que no dejaría de seguir siendo exigida por el nuevo

Gobierno. Pero también podría considerar que tal contribución era insignificante en comparación con lo exigido anteriormente por lobos, enfermedades, heladas y asaltantes casuales cuando el rebaño era mucho más pequeño de lo que con el tiempo llegó a ser y mucho menos capaz de soportar una gran mortandad. E incluso podría brotar en él un sentimiento de admiración por la notable sabiduría y belleza de ese gran pastor, vestido con tal profusión de lana, y recordar con agrado alguna caricia ocasional que le hubiera prodigado así como la artesa diariamente colmada de agua por su mano providencial. Y tal vez no se hallara lejos de sostener no sólo el origen racional, sino el derecho divino de los pastores”.

No es ésta una parábola aplicable al pueblo vasco, integrado mucho más por “rebeldes orgullosos” que por “obedientes súbditos”. Pero debe servir de recordatorio a los que dudan o vacilan ante la fuerza de la cruzada españolista contra la libertad política de Euskal Herria, ante la lluvia de piedras, lodo y mierda que se arroja diariamente sobre su pasión por la integridad de su casa y la dignidad de su tierra. Ante los cantos de sirena –más bien de arpía– de los que, avisando silencio y amenazando miedo, proclaman la nobleza y la sabiduría de un pueblo vasco plegado a las órdenes de los pastores que lo quieren esquilmar. El viejísimo Diógenes decía en una sabia sentencia: “Las mordeduras más peligrosas son las del calumniador entre los animales salvajes y las del adulador entre los animales domésticos”. Entre la calumnia y la adulación anda el juego del nacionalismo españolista –o patriotismo constitucional– contra el nacionalismo vasco de todas las estirpes.

Cuando algunos hablan de la desobediencia civil y la insumisión como realidades delictivas, llevando su delirio represivo hasta el propio corazón de la razón de Estado, bueno es recordar declaraciones constitucionales que incitan a la insumisión y la desobediencia como derecho inalienable. La Declaración de Derechos de Virginia decía, en su artículo 3, que cuando un Gobierno resulta inadecuado o es contrario a los fines que justifican y vinculan a los poderes del Estado, “la mayoría de la comunidad tiene el derecho indiscutible, inviolable e irrevocable de reformarlo, alterarlo o abolirlo de la forma que juzgue más conveniente”. El artículo 29 de la Constitución francesa de 1793 es aún más rotundo: “En todo gobierno libre, los hombres deben tener un medio legal para resistir a la opresión y, cuando este medio sea impotente, la insurrección es el más santo de los deberes”.

Locke lo expresaba muy bien para los creyentes: “Cuando no hay un juez sobre la tierra, la apelación se dirige al Dios que está en los cielos”. En estas condiciones, cuando no se puede recurrir a la justicia para contestar y oponerse a la opresión, cuando la soberanía estatal representa una fuente permanente de peligro para la libertad de una persona, un grupo o un pueblo, puede y debe ser negada en nombre de la soberanía popular. La apelación que recomienda Locke “al Dios que está en los cielos” es la fórmula dramática, que no desesperanzada de que, necesitando libertad y justicia, tropieza una y otra vez con la opresión y la injusticia que complacen al príncipe. Es de esta fuente de donde brota el hermoso y tremendo poema de Gabriel Aresti, que tanto me angustió cuando lo leí morosamente por vez primera y tanto me sigue conmoviendo cada vez que lo recuerdo. Me ocurre lo mismo cuando lo recito en público, al hilo de alguna charla sobre Euskal Herria:

Defenderé
la casa de mi padre.
Contra los lobos
contra la sequía,
contra la usura,
contra la justicia,
defenderé
la casa de mi padre.
Me quitarán las armas
y con las manos defenderé
la casa de mi padre;
me cortarán las manos
y con los brazos defenderé
la casa de mi padre;
me dejarán sin brazos
sin hombros
y sin pecho
y con el alma defenderé
la casa de mi padre.
Me moriré,
se perderá mi alma,
se perderá mi prole,
pero la casa de mi padre

seguirá
en pie.

Es un grito desgarrado, dulce y amargo a un tiempo, del que sabe que nadie respetará la integridad de su casa, la dignidad de su tierra y la libertad de los suyos si no impone respeto a enemigos y adversarios. El grito lacerante y profundo de un pueblo hartado de imposiciones, desprecios y difamaciones de la más variada laya y que tiene muy sabida la lección de la historia: ninguna libertad se concede graciosamente; ningún derecho se reconoce o garantiza sin una lucha sostenida que exige, a un tiempo, convicción y coraje. Euskal Herria sólo pasará del proyecto a la realidad, del sueño a la cosecha y de la frustración a la consumación por la lucha colectiva y madura del pueblo vasco y, sobre todo, de sus minorías más decididas y conscientes. De las vascas y los vascos que sienten la pasión por la libertad política de Euskal Herria como un hierro infernal en el costado.

Gabriel Celaya lo expresó bellamente, desde la larga noche de piedra y lodo de la dictadura:

Camaradas,
cuando luchamos creamos
somos de veras quien somos
palpitando cara al cielo
somos pura actividad
y al cantar
cantemos lo que cantemos
cantamos la libertad.

Pero la libertad hay que tomarla. Nadie la regala. Si es concedida desde arriba, no echa raíces que se hundan en el alma del pueblo y puede serle retirada por los mismos que la concedieron graciosamente. Cuando algo viene llovido del cielo, todo puede ser devuelto a los infiernos.

Nunca he sido tan consciente de la importancia de las vivencias personales. Antes de mi experiencia tolosarra, Euskadi no existía en mi conciencia cultural y política más allá de los tópicos al uso. Un poco más, si cabe, por la admiración que me provoca, desde que

me conozco, la lucha minoritaria por causas dignas. Y mi convicción, que viene de antiguo, de que el gran delincuente es siempre el poder. Sea cual fuere el conflicto social o político, estar contra el poder es siempre un aval de que se adopta la actitud más justa. Dejarse arrastrar por la mayoría, aceptar la servidumbre de la aquiescencia y la adhesión a los dictados de los poderosos, no saber plantarse a tiempo para decir NO, es condenarse al ostracismo moral y al gregarismo intelectual y político.

Pero la importancia de nuestras experiencias vitales y de que éstas hayan sido vividas sobre el terreno, a pie de tajo, desde el interior del problema y conviviendo con él, es incuestionable. Tocar la realidad y ser tocado por ella. Arraigar en la tierra de esa realidad y llevar sus raíces en la sangre. Nada humano debe ser ajeno, pero mucho de "lo humano" no es, en la práctica, absolutamente extraño porque no lo vivimos como nuestro. Porque está formado y representado por realidades tan distantes que apenas nos merecen otra cosa que la indiferencia, un rechazo circunspecto o una aprobación inerte. No son de nuestro mundo, de nuestra "parroquia". Pocas cosas hay tan conmovedoras e inauténticas como los humanismos a distancia. Amar a la humanidad, pero no a los humanos. Ser ciudadanos del mundo, pero no de nuestra ciudad, nuestra comunidad o nuestro pueblo. Sólo cuando participamos a fondo de los problemas, los sentimientos, las pasiones y las reacciones de una comunidad y somos ciudadanos con ella y en ella, estamos en condiciones de "tomar partido" y entrañarnos en ese paisaje personal y colectivo.

Sé que estas reflexiones pecan de impulsivas y apasionadas. Pero soy incapaz —siempre lo he sido— de retraer y contener mis emociones. Admiro esa capacidad de autocontrol de algunos espléndidos intelectuales que saben decantar su sensibilidad hasta "lo necesario". Como envidio a los genios que, cargados de experiencia y sabiduría, se distancian de la realidad para mejor poder analizarla e incluso amarla. Pero no consigo hacerlo. No sirvo para eso. Uno de mis maestros más admirados es Bertrand Russell. He releído muchas veces sus obras fundamentales. Y su Autobiografía. Me quedó grabado, en su integridad, el prólogo "Para qué he vivido". Es curioso que lo evoque cada vez que escribo sobre el País Vasco, la lucha que allí se libra y los crímenes que se perpetran en nombre del Derecho y la "solidaridad".

“Tres pasiones simples, pero abrumadoramente intensas, han gobernado mi vida: el ansia de amor, la búsqueda del conocimiento y una insoportable piedad por el sufrimiento de la humanidad”. Bellísima síntesis de una vida luminosa. Amor, verdad y justicia. El amor condena al éxtasis, alivia la soledad y anticipa el cielo “que han imaginado santos y poetas”. La búsqueda del conocimiento es la persecución de la verdad, entender el corazón de los seres humanos, saber por qué brillan las estrellas y por qué el número domina al flujo. Pero si el amor y el conocimiento nos transportan hacia arriba, la piedad, la compasión y la solidaridad nos hacen quedarnos en la tierra. Los gritos de dolor de los torturados, los niños aterrorizados y hambrientos, los ancianos desvalidos, la soledad, la persecución y la pobreza convierten en una burla trágica lo que debería ser la existencia humana. Deseamos ardientemente eliminar o aliviar el mal, pero no podemos. Y esta frustración nos hace sufrir y llevar, como decía Miguel Hernández, ese hierro infernal en el costado.

En el prefacio al segundo volumen de su Autobiografía, Russell reproduce un hermoso poema de William Blake:

“Vi una capilla toda de oro
en la que nadie osaba penetrar.
Y a muchos plañideros que sufrían con frecuencia,
llorando, afligiéndose, adorando.
Vi surgir una serpiente
entre los blancos pilares de la puerta,
que hizo fuerza, fuerza, fuerza
Hasta que derribó los dorados goznes.
Y a lo largo del rico pavimento
tachonado de perlas y relucientes rubíes
recorriendo toda la distancia radiante
Hasta alcanzar el blanco altar
y sobre el pan y sobre el vino
vomitó su veneno.
De forma que regresé a la pocilga
y me tumbé entre los puercos”.

La pocilga no estaba envenenada y los puercos tampoco. Tumbado entre ellos no había por qué plañir, llorar, afligirse o ado-

rar a nadie. Pero no se podía permitir el triunfo del veneno vomitado sobre el pan y el vino. No se puede tolerar el reino de la impudicia y el gobierno del deshonor y la iniquidad. Porque lo malo no es regresar a la pocilga y tumbarse entre los puercos. Lo malo es hacerlo por cobardía, desesperación o impotencia. Lo peor es salir del círculo de plañideros para tumbarse en la pocilga sin intentar eliminar el veneno de la serpiente. Dimitir de la lucha. Tendernos a ver qué pasa. Dejar que, como siempre, el tiempo de la historia siga ajeno al tiempo de la cosecha.

A Enrique Abuería y Tolosa

Llegué a Basilea en el verano del 73, desahogado, audaz y empujado al nuevo campo de burocracia judicial. Pero viví aquí los meses en Tolosa, como en un mundo aparte de todo un pueblo por su identidad, su dignidad y su libertad, un mundo de aquella tierra y aquella gente. Era admirable que en circunstancias tan terribles, erizadas de riesgos y amenazas de toda tipo, esa gente siguiera hacia delante. Una imagen de Asturias me quedó grabada en el alma. En Oviedo, muy cerca de la pensión donde me alojaba como estudiante del último curso de Derecho, se celebraba un juicio-militar por supuestos hechos de trabajadores acusados de distribuir liberos Oviedo. En el año 1961, con el franquismo en toda su esplendor, los estudios de comunidad debieron ser con toda tranquilidad que lo que debían ser con los estudiantes, en un mundo de soledad y la seguridad siendo. En medio de aquel ambiente opresivo, lleno de pistolas y espadas muy concretas, dos alumnos dijeron una vez sobre que necesitaban hacer del sencillo. El presidente de la farsa exigió un respeto al tribunal. “¿Qué tiene que ver el respeto con las ganas de matar?” preguntó uno de ellos. Y se marcharon al mariposo. Se podían ver seis años de cárcel para cada uno. El

amordazado. No hay ni que decir que odiaba profundamente a los sostenedores de la causa vasca y apoyaba cuanto podía —y podía mucho— las hazañas represivas de Barrionuevo.

E. Llanto por Justicia Democrática

A los pocos meses de regresar a Madrid, hacia finales de 1984, publiqué un artículo en *Interviú* sobre la guerra sucia en Euskadi. Nada tenía de especial. Una de tantas manifestaciones públicas que venía haciendo sobre la cuestión. Ledesma me rogó que fuese a verle a su despacho oficial. Tenía el gesto adusto y como iluminado. Lo que pretendía era “llamarme al orden” por el artículo. Me costó trabajo llegar a esa conclusión. Cuando lo hice, le respondí que no le admitía, ni a él ni a nadie, que se entrometiesen en mi libertad de opinar lo que me petase. Me intentó aplacar con grandes protestas de amistad mientras miraba obsesivamente al alto techo del despacho. Yo también me puse a mirarlo, a ver qué era lo que llamaba la atención del ministro. De pronto Ledesma me dijo como arrebatado por algún éxtasis: “Tendrás que reconocerme, Joaquín, que Felipe y Alfonso son geniales”.

Me sorprendió mucho que me dijese esas cosas a mí, como si no conociese, mucho antes que él, a los dos personajes y se viese obligado a “hacerme el artículo”. Como se empeñaba en mirar al techo, le pregunté si aquella necedad me la decía porque nuestra conversación se estuviese grabando con micrófonos (“canarios” en la jerga de los espías) en el techo. No le gustó absolutamente nada. Me dijo muy serio: “Tus amigos vascos te han cambiado para peor”. Como sabía que Ledesma me había criticado en altos círculos (González, Guerra y varios ministros) por asistir al entierro de Pepe Bergamín (le parecía increíble que un magistrado socialista cometiese aquel “disparate”), le espeté: “Es la influencia maligna de mi viejo amigo Pepe Bergamín”. Salí inmediatamente del despacho.

Fue una de mis experiencias más dolorosas ir comprobando que mis amigos de Justicia Democrática estaban también instalados en el poder felipista, que habían olvidado sus antiguos compromisos. Al parecer, su único problema con la justicia de la dictadura consistía en que no era un régimen democrático, un poder “bueno”. Bastaba con el triunfo de ese “poder bueno” —que, además, los colocaba en buenas posiciones— para que todo estuviese soluciona-

do y no hubiese nada que censurar. Si ese poder incumplía flagrantemente sus promesas democráticas y, lejos de luchar por una justicia digna e independiente, la sometía al Gobierno a través de un Consejo del Poder Judicial hecho a la medida de los intereses del Ejecutivo, había que estar con el poder, no con la justicia. Gentes a las que había conocido en actitudes de oposición radicalmente progresista se iban convirtiendo en corifeos de la nueva situación por la conquista de cualquier sinecura.

Su incondicionalidad con González y con Prisa era tan inquebrantable como palmaria. Algunos están girando ahora hacia el aznarismo, no vaya a ser que, después de tanto penar por el coturno, tengan que regresar al común. Con ninguno de ellos pude hablar tranquilamente sobre Euskadi. El tema les molestaba grandemente. Todos eran partidarios ya de la Audiencia Nacional y predicaban su necesaria potenciación. Casi ninguno se preocupaba por torturas y otras “irregularidades”. Era humano, pero demasiado humano, como diría Voltaire.

Aquel espectáculo me deprimió por mucho tiempo. Todavía me deprime ahora, cuando escribo este testimonio. Llegaba yo de Donostia más enamorado que nunca de la bienaventuranza de la libertad y la justicia y más asqueado de la guerra sucia y la razón de Estado y me encontraba a no pocos de mis antiguos compañeros de JD en plan garbancero y adocenado. Habían manchado su honorable carrera de perdedores por triunfos de mierda en el poder de los nuevos oligarcas. Recuerdo entonces —como recuerdo ahora— la evocación que hace Russell de la visita de sus padres, en 1876 a Norteamérica. “Trabaron amistad con todos los radicales de Boston. No podían prever que los hombres y mujeres cuyo ardor democrático aplaudían y cuya victoriosa oposición a la esclavitud admiraban, fuesen los abuelos y abuelas de quienes asesinarían a Sacco y Vanzetti”. En mi caso, los “radicales de Boston” de antaño habían decidido que su antiguo ardor democrático era compatible con el terrorismo de Estado y el robo de Estado. ¿Cómo era posible instalarse, con tranquilidad y soberbia, junto a los asesinos de Lasa, Zabala y de los veinticinco luchadores vascos más, abatidos por la canalla gubernamental de los GAL?

Habla Antonio García-Trevijano, en su “discurso de la República”, de “la corrupción divina de la izquierda”. La corrupción personal de los hombres de partido y de tribu que han corrompido la política y el Estado, manteniendo alejados a los ciu-

dadanos de los asuntos de gobierno para permanecer en un poder sin control y, de paso, enriquecerse. En estos ejemplos de gente de JD se ha dado, más que la venta o el alquiler al servicio de los corruptos, el regalo de sí mismos al poder que contó con ellos y los elevó al altar de la autoridad y el mando. Su antigua pasión de justicia y libertad se había transformado en pasión de poder y servidumbre voluntaria.

F. Mis amigos socialistas no entienden la causa vasca

Mis mejores amigos pesoístas andaban desalentados pero se aferraban a sus viejas siglas. PSOE y UGT iban quedando sepultados por la oleada de corrupción y el más abyecto pragmatismo. Nos reuníamos a menudo a cenar, en nuestras respectivas casas, de forma rotatoria, Pablo Castellano y su compañera (la que en cada época correspondiese, él se llamaba “monógamo sucesivo”), Luis Gómez Llorente y Teresa (una mujer inteligente y de vuelta de todo) y Pura y yo. Las discusiones eran interminables. En la primera etapa (finales del 84 hasta comienzos de los 90) el análisis del felipismo y sus hazañas ocupaba el primer lugar del debate. Pablo había actuado en el Congreso como ponente socialista de la ley antiterrorista, lo que nos distanció no poco. Decía con desenvoltura que si los jueces cumpliesen con su deber a la hora de controlar la aplicación de esa normativa no había nada que temer. Era una innecesaria exhibición de irresponsabilidad. No existía más control que el que pudiesen realizar a distancia los jueces centrales de la Audiencia Nacional, no había forma de controlar a los verdugos durante la detención (con abogados de oficio asistiendo a los detenidos) y la incomunicación —que se concedía automáticamente— y los diez días de detención eran una brutalidad que se establecía para favorecer la tortura y su impunidad.

Tanto a Pablo como a Luis les costaba mucho trabajo creer que la realidad vasca era como yo les contaba. Las torturas más aberrantes, la exhibición de impunidad, el narcotráfico practicado desde el propio cuartel de Intxaurrondo, los atracos perpetrados por guardias civiles, la segura implicación del Gobierno en los GAL, etc. No podían creerlo. Pensaban que exageraba o que me había implicado excesivamente en los problemas vascos. Como jacobinos a la vieja usanza, les preocupaba mucho más la regenera-

ción y potenciación del Estado, singularmente del sector público de la economía, de sus funciones redistributivas y del salario social.

No entendían las reivindicaciones nacionalistas, a las que tachaban, sin apenas matices, de reacciones pequeño-burguesas que anestesaban la lucha de clases. Les decía que en el País Vasco esto no era cierto, que allí existía un fuerte nacionalismo de clase en los núcleos abertzales de la izquierda y que incluso el PNV era, mucho más que un simple partido nacionalista a la usanza clásica, un verdadero movimiento popular interclasista. No lo entendían. Curiosamente, sí aceptaban la “excepción irlandesa”, pero la explicaban por la vertiente religiosa, como había hecho Carlos Marx. El problema de Quebec era para ellos una disputa histórica entre la preeminencia inglesa en Canadá y la hegemonía francesa entre los quebeçois. Sin embargo, estaban al tanto de que algunos compañeros socialistas se aproximaban progresivamente a planteamientos nacionalistas.

Con el tiempo, sobre todo a partir del fiasco del referéndum sobre la OTAN, fue cambiando su mentalidad. Pablo llegó a publicar un artículo reconociendo su grave error de haber defendido la ley antiterrorista, que se había mostrado muy pronto como lo que era: manos libres a la Policía, policías metidos a jueces y jueces “benévolos” convertidos en policías. A partir de la gran estafa de la OTAN, nuestro círculo se amplió algunas veces con gentes como Antonio García Santesmases, Paco Bustelo o Manuel de La Rocha. Eran personas inteligentes y sensibles para todo lo que no fuese problema vasco. No lo entendían. Era imposible dialogar con ellos sobre esta cuestión. Me sorprendía, además, que en plena crisis de la socialdemocracia, que se iba quedando sin ideas y convicciones, con unos partidos claudicantes, al margen del marxismo, que aspiraban a toda costa, soltando “lastre” ético e ideológico a gestionar el Estado neocapitalista y neoliberal, gentes tan lúcidas continuasen impertérritos en el socialismo de siempre. Pero eran buenos amigos y personas honestas.

G. Un sospechoso de terrorismo en el Juzgado de Guardia

Estaba próximo el verano del 85 cuando, encontrándome al frente del Juzgado de Guardia, ocurrió algo singular. Vino a mi despacho, solicitando hablar urgentemente conmigo un matrimonio de

Recoletos. Junto a la Casa de América, en la tarde de aquel mismo día, a primera hora. Después de algunos circunloquios me dijo que la editorial no podía publicar el libro. Cumpliría todas las condiciones contractuales menos la publicación. El ejemplo que me puso era antológico: “Figúrate que estamos presentando el libro y ETA mata a alguien durante la celebración del acto. La editorial –dijo– no se atreve a cargar con esa posibilidad. Había pensado una gran presentación, con Arnaldo Otegi y Xabier Arzalluz. Pero ahora –concluyó– no puede ser”. Le contesté que el escenario que me había descrito era una barbaridad. El libro contenía un mensaje de paz y de libertad, de repudio de toda violencia y defensa del diálogo y la negociación para que Euskadi resolviese, por sí misma, sus problemas políticos y sociales. ¿Qué tenía que ver el libro con la posibilidad de más atentados etarras? Pero todo estaba hablado. Julián León no podía hacer otra cosa que lo ordenado desde Planeta.

Me puse inmediatamente en contacto con diversos amigos. Pepe Rei me dijo que Ardi Beltza estaría encantada de la publicación, que me lo pensase. Hablé con Miguel Castells. Opinaba que era mucho más conveniente una editorial madrileña. Tendría mayor eficacia. Pensé llamar a Jose María, director de Txalaparta, pero me decidí a comentar la cuestión con Ramón Akal, que había publicado hacía relativamente poco tiempo “El Negocio de la Libertad” de Jesús Cacho, después de ser rechazada la obra por Plaza & Janés, la editorial que la había contratado. Ramón me envió de inmediato un motorista para recoger el original. Sólo unos días más tarde me llamó para decirme que muy bien, que lo publicaba la editorial Foca, con la que formalicé el nuevo contrato.

Le pedí un prólogo a Javier Ortiz. Conocía los problemas vascos a fondo, sabía pensar y escribía con rigor. Hizo un prólogo magnífico. Me sentí muy orgulloso de él. Claro que el precio fue muy elevado. Los invitamos Pura y yo –a Javier, a su compañera Charo y a Carla Matteini, buena amiga de todos nosotros– en el restaurante Belarmino. Hablar con ellos del problema vasco tenía la novedad del afecto con que hablaban de los problemas de Euskadi los tres amigos. Esto es un verdadero lujo en Madrid, donde la propaganda españolista, plaga-

da de falsedades y prejuicios, ha calado ampliamente en la opinión pública.

K. En Bilbao con Arzalluz

Nadie decía nada del libro. La editorial intentó la publicación de un capítulo, como primicia o prepublicación, en “El Mundo”. Todavía era subdirector y jefe de opinión el propio Javier Ortiz. Pero los encargados de la sección dominical dijeron que tenían demasiado material. Ingentes toneladas de material que estaban cuarteando los cimientos de Pradillo. Había que romper por alguna parte. Pensé en la posibilidad de una presentación en Bilbao con Arzalluz como presentador. Me animaron Gonzalo Puente Ojea –viejo y admirado amigo mío y de los vascos– y el también diplomático y sabio amigo Pedro García-Trelles. Creí que iba a ser muy difícil conectar con Xabier. Fue muy sencillo. Tuvo, además, la gentileza, que siempre le agradeceré, de aceptar la presentación sin haber leído aún el libro, sólo porque me conocía de oídas y confiaba en mí. La presentación fue en la preciosa Biblioteca Municipal de Bidebarrieta, antiguo casino decimonónico restaurado con un gusto excelente. Coincidió con una grave tensión entre el Gobierno Aznar y el PNV. Arzalluz había dicho que no hablaría en tres días. El de la presentación era el cuarto. El salón estaba literalmente tomado por los medios. Llegaron puntualmente Xabier y su esposa. El acto fue espectacular, sobre todo por lo que dijo Arzalluz. Las fotografías e imágenes televisivas que nos hicieron se publicaron ampliamente. Algunos medios no mencionaban el título de la obra, “Buenos días, Euskadi”. Creían que me asestaban un golpe importante haciéndome aparecer con Arzalluz, lo que para mí era un honor. Xabier lamentó la ausencia de su tocayo y prologuista Ortiz, que no pudo asistir.

El acto fue introducido por Asier, representante del Gobierno vasco en ferias y festivales, una persona muy amable y vital. Habló también, en nombre de la editorial, Juan Barja, hombre de profunda sensibilidad y excelente poeta. Dos bancos estaban ocupados por chavales de Herri Batasuna con una pancarta en defensa de los presos políticos vascos. Se dirigió a ellos de forma jovial y desenvuelta Xabier Arzalluz. Cuando terminé de hablar, se me acercó uno de aquellos muchachos para decirme: “Chaval, ¿de qué vas?” “De lo que

he dicho”, le contesté. Xabier estaba muy divertido. Después del acto, como antes del mismo, firmé muchos libros. La mayoría eran señoras. Me emocionó, como siempre me ha ocurrido, su desenvuelta y cariñosa actitud. Me preguntaban por Pura Mañas, por mi hijo Joaquín y hasta por Bowie, nuestro Yorkshire que aparece en el libro.

Vino desde Donostia Pepe Rei y mi colega Luis Blánquez, víctima reiterada de la disciplina del Consejo del Poder Judicial, ahora suspendido “cauteladamente” en sus funciones por algo relacionado con el Alarde de Irun. No lo dejan tranquilo. Me presentó a otro colega compañero de tribunal. Asistió también Emilio Olabarría. Saludó entusiásticamente a Arzalluz y me intentó saludar con mucho calor. Estuve más bien frío con él recordando que intenté transmitirle mi sorpresa por un expediente disciplinario que el Consejo me abrió. Me dijo que no había podido decir ni una palabra sobre el tema “por el ambiente opresivo que se respiraba en la Comisión Disciplinaria del Consejo”. Quedó en hablarme transcurrida la Semana Santa de 1999. No lo volví a ver hasta la presentación del libro.

Bilbao estaba magnífico. Lo recordaba de haber pasado por allí, con Pura, hace treinta años. Fue una visita breve, después de haber recorrido parte de Asturias y de Cantabria. La ciudad había cambiado mucho, para mejor. El núcleo viejo estaba excelentemente restaurado, las calles eran amplias y limpias y la ciudad resultaba acogedora. El Guggenheim, el Palacio Euskalduna y su entorno eran muy hermosos. Nos acompañaron los distribuidores de Foca en el País Vasco Rafael y Koldo. Fueron pareja y siguen siendo excelentes amigos. Vino también con Juan y conmigo el propio Asier. Anduvimos largo rato por lo viejo, comentamos la situación del País Vasco, comimos en un pequeño y espléndido restaurante de unos amigos de Rafael y Koldo y paseamos nuevamente por el casco viejo. Asier me propuso la presentación de la obra en Donostia, en el inmediato mes de julio, aprovechando la feria del libro que allí se celebra todos los años.

L. Euskadi en el Ateneo y en Donosti

Presenté después el libro en el Ateneo de Madrid, ante un público lleno de amigos y de ciudadanos vascos que viven aquí. Intervinieron María Gascón –responsable de la sección ateneista de

presentación de libros–, Eugenio del Río y Gonzalo Puente Ojea. María y Eugenio son donostiarras y miembros cualificados del viejo MCE. Los dos colaboran en Vibración, colectivo integrado por los antiguos militantes del mismo partido en el que Eugenio sigue siendo una referencia intelectual y ética de primera magnitud. La presentación fue profunda y cariñosa. Mientras hablaba Eugenio, yo sonreía recordando lo que me preguntó un hostelero gallego que anduvo en el MCE de su tierra: “¿Segue siendo Eugenio escandalosamente honrado?”. Es difícil encontrar personas de tanta valía humana e intelectual. Sus puntos de vista sobre el problema vasco son lúcidos, dialogantes y muy próximos a los de Zutik, un sector de la izquierda abertzale singularmente reflexivo e imaginativo. Zutik publica la revista “Hika”. Liberación se proyecta en la revista “Página Abierta”. Ambas intercambian colaboraciones y colaboradores. En realidad, mi equipaje informativo y político sobre la problemática vasca debe casi todo a estas dos revistas y a Kale Gorria. Aquí, en Madrid, nuestro mejor contacto con la realidad de Euskadi es Javier Villanueva, dirigente de Zutik y colaborador de “Hika”. También las visitas de Pepe Rei son ricas en información y en proyectos.

Mi admirable amigo Gonzalo Puente Ojea, vasco por afinidad, adopción e identificación, defendió calurosamente la obra desde planteamientos radicales. Tanto él –un diplomático tan inteligente que no parece diplomático– como su amigo y colega de profesión y de pensamiento Ramón Villanueva –vasco de nacimiento y ejercicio y gran amigo nuestro también– estaban indignados por el vacío que se le había hecho a la obra y por ciertas críticas privadas muy negativas. La esposa de Gonzalo –Pilar Lasa– es bilbaína y ambos pasan grandes temporadas cerca de Getxo. La causa de la libertad vasca tiene en ellos unos defensores de vanguardia.

El salón estaba repleto, con mucha gente joven sentada en el suelo. El acto fue reconfortante. Asistieron muchos viejos amigos, algunos en abierta discrepancia con las tesis del libro. Recuerdo que el profesor Gómez de Arteche– amigo y colega en la facultad de Económicas de la Complutense, en la que ambos coincidimos durante diez años– me pidió varias dedicatorias del libro para Carlos Hugo de Borbón, su hermana María Teresa y otros dirigentes del carlismo político. También recuerdo la presencia y el respaldo de Iñaki Anasagasti. Los de “Caiga quien caiga” anduvieron entrevistando a varios de los asistentes (Trevijano, Anasagasti, Sáinz

de Robles, etc.). Con Federico estuvo nuestro entrañable Eduardo Jauralde, con sus noventa años y su lumbrera crítica a cuestas.

De nuevo con el libro al País Vasco. Me hacía ilusión volver a encontrarme con mis amigos de Donosti. Poco antes del acto, cuando estaba con Rafael, Asier, y Miguel Castells tomando un café en la Plaza de la Constitución, se presentó Ramón Villanueva con dos señoras de Gurasoak que querían informarme sobre la situación de los jóvenes vascos que, como sus hijos, sin pruebas o con pruebas manipuladas, se encontraban en cárceles madrileñas. Venían de Bilbao. Me entregaron algunos documentos y quedamos en volver a reunirnos en otra ocasión. Sería a los tres meses, en Pamplona. Es tremenda la fuerza y la fe con la que lucha esta gente. Es terrible la impotencia que se siente al no poder hacer por ellos lo que justamente piden.

Era un día luminoso en Donosti. Aquella plaza me traía recuerdos muy cálidos de nuestra vida en la ciudad, la más acogedora de cuantas conozco. Por esa plaza paseábamos con frecuencia con Joaquín, cuando tenía entre uno y cuatro años o veníamos de copas con los amigos. Ya no estaba el Kazkabarra de los viejos amigos. Pero el ambiente físico y humano era el mismo. Estar sentado junto a Miguel, alrededor de un velador, en plena plaza, me parecía volver a empezar muchas cosas.

Después de una larga entrevista con la gente de "Egunkaria", en la parte alta de la Biblioteca Municipal, comenzó el acto. Lo hizo muy bien Joseba Egibar, a quien traté personalmente por vez primera. Había leído el libro, cosa infrecuente en muchos presentadores. Le agradecí mucho sus palabras. Privadamente me dijo que su suerte política estaba absolutamente vinculada a la de Arzalluz y que, aunque las cosas andaban muy complicadas, no se resignaba a la parálisis del proceso. Miguel Castells estuvo magnífico. Me emocionó oírle decir que con ese "Buenos días, Euskadi" él estaba dispuesto a contestar "egun on, España", porque así se podía dialogar con respeto y mirando hacia delante. Recordé entonces que, tras explicarle don Manuel Azaña a Companys sus proyectos para Catalunya, éste dijo que a la España que don Manuel representaba no tenía inconveniente en decirle "¡Visca Espanya!". Con lo fácil que debiera ser dialogar ¡qué difícil lo hacen dogmatismos, inmovilismos y prejuicios sin cuento! ¡Cuánto tiempo perdido, cuánto dolor causado a tanta gente!

Había allí amigos a los que no veía desde mucho tiempo. Jose Manuel Castells, Iñaki Muñagorri, José Igartua... Se acercó a saludarme la esposa de mi primo Rafael Estevan Belén, que me sor-

prendió al decirme que se habían separado y que apenas lo veían, ella y los hijos de ambos, por allí. Comimos después muchos amigos de lo Viejo. En la calle. A la mañana siguiente, muy temprano, desayunamos juntos Pepe Rei y yo en el aeropuerto. Había ido a recogerme al hotel de Amara. Me habló de sus proyectos editoriales y del trabajo en "Ardi Beltza". Estaba jovial y tranquilo.

M. Rupturas y silencios

Si los dos libros anteriores habían provocado distanciamiento y ruptura de mucha gente, "Buenos días, Euskadi" tuvo efectos aun más duros. La consigna oficial fue ningunearlo a rajatabla. La cadena VIP —de Plácido Arango— se negó a venderlo. Igual que Crisol. No aparecía mención alguna, ni para mal, en los medios. Incluso amigos tan cercanos e íntimos como Antonio García Trevijano se sintieron incómodos con las tesis de la obra. A Trevijano logré convencerlo para que publicase un artículo crítico sobre el libro. Entendió, como yo, que no debía callarse cuando era ésa la consigna oligárquica. Su columna de Otras Razones, en "La Razón", fue a un tiempo crítica y amistosa. Se llamaba "Buenas noches, España". El título lo decía casi todo. Mi joven amigo Martín Miguel Rubio escribió un elogio del libro en la misma sección del periódico. Y eso fue todo dentro del mismo. Aparte de mi fotografía con un pie relativo a la obra. No cabía pedir más a "La Razón", pues lo que se decía en el libro es radicalmente incompatible con las actitudes del periódico.

En "El Mundo", Gabriel Albiac se volcó. Dedicó dos columnas a la obra, una de ellas completa. Cariñosa y profunda. Se lo agradecí mucho, sobre todo teniendo en cuenta que no simpatiza precisamente con el nacionalismo vasco. No contento con lo que escribió en el periódico, le dedicó al libro una doble página en la revista "Leer". Ni "El País" ni medio alguno de la flota de Prisa dijo nada. "Abc" no pudo contenerse y transcribió, con comentarios protervos, una entrevista que me hicieron en Bilbao en la que elogiaba a Xabier Arzalluz.

De pronto, sin hablar conmigo, Pedro J. decidió que no colaborase más en su diario. Lo supe por Javier Ortiz, que se quedó muy sorprendido. Hasta ese momento, mal que bien, se recibían mis cola-

boraciones con una periodicidad mensual y el propio Pedro J. me había animado hacía tres meses a que las mantuviese. Actuó como instrumento del veto de Ramírez un tal Basallo –así, con B–. Parece mi sino de los últimos tiempos. Colaboré en “El País” durante cerca de quince años, desde su aparición hasta 1991. Diez años en la Ser. Otros diez años en “El Mundo”. Un tiempo similar en “El Periódico de Catalunya”. En todos los casos se prescindió de mí, escalonadamente, conforme iban apareciendo mis libros y me iba distanciando del sistema y de todos sus consensos repetidos. Quedé, en Madrid, salvo la honrosa excepción de Luis María Anson, “sin vos, sin dios y sin mí”. Cada vez que nos reunimos Trevijano y yo, y otros amigos, con Anson, nos cuenta las presiones que soporta, desde fuera y dentro del periódico, para que prescinda de mi colaboración. Pero Luis María –con todas sus filias y sus fobias, su monarquismo a machamartillo y su beligerancia contra el nacionalismo vasco– es un auténtico defensor de la libertad de expresión y no tolera vetos o imposiciones de nadie. Siempre que el colaborador cuya cabeza le piden escriba con cierta calidad y originalidad. Como ha recordado en su “El periodista canalla” Pepe Rei, Anson dedicó una “Canela fina” en contra de su encarcelamiento. Le parecía un atentado contra la libertad de expresión y, aunque no profesa simpatía alguna por Pepe y por lo que representa, lo defendió de forma incondicional.

Este vacío madrileño ha sido también limitado por Ramón Akal, que me publica libros con frecuencia y me honra con su amistad y su confianza. Seguro que mi torpeza para relacionarme y comunicarme socialmente ha contribuido a mi progresivo aislamiento. Es mucho más que probable que mi incapacidad para las relaciones públicas, para el disimulo y la discreción hayan sido determinantes. No puede ser que tantas personas coincidan en distanciarse de mí sin que yo tenga una buena parte de culpa. Como suelo decir en público, soy ya muy mayor para cambiar y para camuflarme. Viejo, calvo, gordo y feo, como los luchadores de lucha libre, que le decía mi hermano Federico a nuestro padre, el gran Coromina.

N. Con ELA-STV por Euskal Herria

Tengo ahora – de ello estoy orgulloso– mucha más presencia en el País Vasco que en cualquier otra tierra. Colaboro con frecuencia en “Deia”, donde cuento con la cordial acogida de Félix

Macua y de los redactores con los que hablo. Intervengo habitualmente en las tertulias de Radio Euskadi dirigidas y moderadas por mi amigo Pedro García Larraga, coincidiendo con Kepa Landa como contertulio más habitual. Publico mensualmente en “Kale Gorria” (como antes en “Ardi Beltza”, con mi buen amigo Pepe Rei) con Iñigo, Nerea, Begoña y compañía. Y voy por el País Vasco en cuantas ocasiones puedo. El alma en los pulmones se me ensancha cuando paseo por Donosti o Bilbao o Gastéiz o Pamplona.

Aproveché a fondo la invitación de ELA-STV, a través de Martín Arrekoetxea para dar unas charlas en cada uno de estos territorios, a los cuadros del sindicato. Me sorprendió comprobar que era un sindicalismo reivindicativo, combativo e independiente, con un fuerte nacionalismo de clase y una gran implantación en los cuatro territorios vascos del Estado. Martín me trató con una cortesía y una confianza que nunca olvidaré. Fueron jornadas muy reconfortantes. Tuve la ocasión de conocer a muchos hombres y mujeres vascos preparados y luchadores. Y de mantener una larga charla con Jose Elorrieta y Germán Kortabarria, en una placentera cena, con ellos y con Martín, en el Palacio Euskalduna. La noche que hablé en Donostia hubo galerna y lluvia torrencial. A la charla de Pamplona asistió una nutrida representación del nacionalismo vasco, con Jose Antonio Urbiola a la cabeza y diversos dirigentes de EH a los que no conocía. Regresé al poco tiempo a Pamplona para dar una conferencia sobre la reforma de la Ley del Menor. El acto lo organizaba Gurasoak. Hubo por la mañana una reunión con ellos en su pequeño local de Iruña. La situación de sus hijos era lacerante. Se movían con ilusión y fuerza y contaban con fuertes apoyos populares. Pero no conseguían eco oficial. Hablé largamente con ellos de la necesidad de recurrir a todas las instancias posibles –sobre todo del exterior, incluido el Vaticano– y denunciar realidades inconcebibles en un país mínimamente civilizado.

Hubo antes del acto una corta entrevista con dos periodistas, uno de ellos de “Gara”. Me preguntaron qué me parecían unas declaraciones que, según me dijeron, había hecho Aznar asegurando que si un menor comete actos de terrorismo, ese menor es un terrorista. Les contesté que eran palabras propias de un terrorista y que actitudes así podían convertir al Estado en un

ces y fiscales normalmente imparciales e independientes. Pero la Audiencia Nacional es otra cosa. Sus jueces y sus fiscales no tienen nada que ver con la realidad social del País Vasco, no conocen a las personas y a los grupos, saben que "creerse" las cosas que dicen los medios y actuar en consecuencia será aplaudido por la gran mayoría y que no actuar o hacerlo tibiamente les acarrearán críticas y desdenes de todos los calibres.

Son, además, jueces y fiscales de asiduo trato cordial con el ministro del Interior, la Policía y la Guardia Civil. Como las denuncias parten siempre de este mundo, del que reciben parabienes y felicitaciones, incluso condecoraciones (como la cruz pensionada de plata al mérito policial, que tienen casi todos, incluidos el presidente Auger y el propio Garzón) se crea en torno a ellos un ambiente que favorece, casi coactivamente, cualquier decisión favorable a lo que pretenden Interior y los medios.

He tratado con frecuencia a fiscales y jueces de esta institución. De algunos he sido amigo —o he creído serlo— y conservo alguna amistad, si bien es cierto que mi mejor amigo —Javier Gómez de Liaño— fue linchado y condenado. Pero es muy difícil entender muchas de sus actuaciones desde una perspectiva estrictamente jurídica. La continua promiscuidad de fiscales, jueces y policías desemboca frecuentemente en un "confusionismo represivo" que puede conducir a verdaderas pesadillas.

Me dicen que han cambiado las cosas desde que salí de Donosti e, incluso, desde que dejé la justicia penal. No creo que hayan variado sustancialmente. Cuando estaba en San Sebastián, como la Junta de Jueces funcionaba y presionaba y algunos compañeros de instrucción cumplían con su deber de amparar los derechos de los detenidos, la Policía prefería trasladarlos cuanto antes a Madrid. Es evidente que confiaba en que el celo de los jueces instructores de la Audiencia Nacional no sería tan afilado. De hecho, no conozco ningún caso en que un fiscal de esa Audiencia haya denunciado torturas a detenidos o presos. Tampoco de algún juez de esa casa que haya deducido testimonio por presuntas torturas.

P. Jueces y fiscales ante la tortura

No es entendible. Año tras año, los Informes de Amnistía Internacional se hacen eco de que la tortura sigue practicándose en

nuestro país, singularmente a detenidos incomunicados por la normativa antiterrorista (ahora, casi en igual medida, a inmigrantes presos). ¿Qué sucede entonces? Tengo abogados amigos en el País Vasco que han recurrido a mi humilde persona para que intente hacer llegar a algún juez o fiscal las quejas de sus defendidos de que, durante el traslado de la cárcel a la Audiencia Nacional, eran objeto de golpes y hasta de abusos sexuales. Algunas veces ha surtido efecto mi mediación. Ha existido algún caso espectacular de presos que llegaban ante el juez, desde la cárcel, convertidos en unos "cristos" porque habían sido empujados escaleras abajo por sus guardianes. Nadie hacía nada. Supe hasta de una policía que le metía mano a una presa vasca muy conocida. Cambiaron de servicio a la poli y terminaron los abusos.

Hay jueces y fiscales que dicen que ellos son impotentes para terminar con prácticas semejantes. Pero no es cierto. Hasta los policías y guardias civiles más proclives a la prepotencia, a la brutalidad y al abuso saben con quién se la juegan y con quién no. Y se comportan en consecuencia. Como se sabe, yo era magistrado-juez de lo civil en San Sebastián. Pero todo el mundo sabía a qué atenerse conmigo en este campo por mi calidad de decano. Un abogado sabio y con experiencia llegó un día a verme para comunicarme que a su defendido Zutano lo tenían aterrorizado asegurándole que el camino hasta Madrid era muy largo y le iban a enseñar "lo que es bueno". Le dije que acudiese al juez de instrucción competente. Pero no se fiaba del que había. Solicitaba mi intervención. Lo único que se me ocurrió fue llamar al juez central de la Audiencia Nacional a cuya disposición estaba el detenido. Le advertí sobre lo que me había dicho el abogado y lo responsabilicé de lo que pudiese ocurrir. El letrado me comunicó después que el traslado fue impecable. Cada uno sabe con quién se la juega.

Confieso que sólo me he sentido verdadero juez cuando he hecho todo lo posible por impedir o investigar el más mínimo abuso. Cuando he actuado como auténtico juez de paz. Se puede pasar muy mal y verse uno metido en graves conflictos y problemas. Pero es esto, la defensa de la libertad y la integridad de los que piden el amparo de la justicia, lo que da sentido al oficio judicial. Conozco a compañeros que, destinados en plena dictadura en el País Vasco, cumplieron con ese deber básico en medio de tremendos riesgos. ¿Qué se puede esperar, si no, de una justicia que se inhibe frente al poder y se exhibe ante el desamparado? Casos hubo en mi despa-

cho judicial de Donosti verdaderamente singulares. Esta vez vinieron juntos el abogado y su cliente, que había sido etarra y dejó de serlo. Como no colaboraba con la Policía en la delación de sus antiguos conmlitones, era amenazado con la detención y el hábil interrogatorio. Al mismo tiempo, como sus excolegas sospechaban que podía estar delatándolos, lo amenazaban con liquidarlo.

“¿Qué podemos hacer?”, me preguntó el abogado, que era persona en la que se podía confiar. La cuestión era prácticamente insoluble. Pero algo debía hacer. Sólo se me ocurrió extender un “salvoconducto”. Escribí en papel oficial, de forma muy sencilla para que todos lo entendieran, que aquel chaval estaba bajo protección judicial, que era la mía, y que cualquiera que atentase contra él, lo maltratase o lo coaccionase, se las vería conmigo. No creo que existiese cosa parecida (fanfarronada e ingenuidad a un tiempo) en la historia judicial. Entregué muy serio el salvoconducto a aquel muchacho y le encarecí que acudiese a mí ante cualquier contingencia. Le dije al abogado: “No creo que sirva para algo”. Pero él me contestó escuetamente: “Servirá, gracias”. No tuve más noticias.

No lo escribo para quedar bien. Es más, no creo que actuase adecuadamente. Soy, además, como persona con alguna imaginación, más bien medroso y peregrino. Y lo paso muy mal ante las dificultades de cierta entidad. Pienso que mis experiencias vascas me han hecho más decidido. Quizá por confiar en mayor medida en la solidez y la firmeza de las personas con las que me relacionaba allí. Es posible que juegue también mi admiración por el valor cívico y el coraje de mis amigos vascos. Mi buen amigo Antonio García Trevijano, que conoce muy a fondo mi “debilidad vasca”, me dice cariñosamente, con un punto de ironía, que soy el único “vasco de Almería” que existe. Antonio es de Orgiva, provincia de Granada. No me disgustó la expresión. Me recordaba las palabras de Ernst von Salomon: “¡Los vascos son un honor! Hay vascos franceses, hay vascos españoles y usted, señor, es un vasco alemán”. Pues yo, un vasco andaluz de Almería. La forma de ser y actuar del pueblo vasco me recuerda, desde que comencé a conocerlo, la “credencia” italiana.

Q. La credencia vasca y don Garzón

La comunidad medieval formada por campesinos, artesanos y asalariados se llamó “credencia”. Venía de creer en algo. En este caso,

creer en la comunidad. Estas formas de comunidad comenzaron a existir desde el siglo VI y, con el tiempo, se llamó “credencia” al troje o armario donde se acumulaban los géneros alimenticios de la comunidad previniendo épocas de carestía. En algunas comunidades no esperaban a la carestía para la división de los bienes. Se juntaba todo y se repartía según las necesidades de cada cual.

Esta forma de autogobierno molestó mucho a los señores feudales, sobre todo a los que, en nombre del rey y de la patria, se consideraban “despojados” de sus tierras. Uno en concreto, el conde de Monteferrato, organizó una expedición de castigo, partió con sus esbirros, aprisionó a un centenar de comuneros y les cortó las manos y los pies. Con las manos y los pies amputados, los subieron en burros y así los llevaron hasta la ciudad, para que los demás comuneros se dieran cuenta de lo que pasaba cuando se actuaba con libertad y dignidad.

Cuando los comuneros de Vercelli vieron a sus hombres mutilados y medio muertos no se echaron a llorar. Partieron esa misma noche y llegaron cabalgando hasta Novara, entraron en la ciudad y mataron a los verdugos y a sus esbirros. Convencieron después a la población de que se liberase, se organizase en comunidad y no claudicase ante los señores.

La costumbre de la “credencia” se extendió como un reguero de pólvora. La Lombardía y el Piamonte se infestaron de comuneros y amigos de la libertad y la independencia. Pero los señores feudales, sin saber qué hacer, recurrieron a la cuarta cruzada, que por entonces estaba para embarcarse en Brindisi. Ocho mil hombres a las órdenes de los señores más distinguidos de la época fueron a por los comuneros para quemarlos y degollarlos. No se podía tolerar ese esplendor de libertad y autogobierno. Era un atentado de lesa majestad y lesa patria. Un perverso ejemplo de dignidad colectiva e independencia ciudadana.

Ahora tampoco se tolera la “credencia”. Con unos u otros pretextos, se organiza una nueva cruzada contra los comuneros, sus amigos y sus deudos. Son los nuevos herejes, mucho más peligrosos que las brujas de Zugarramurdi, los cátaros, los templarios y los secuaces de Joaquín de Fiore. Contra ellos no hay mentira suficiente, difamación excesiva, disparate bastante o exceso reprobable. Lo del desafío de Mayor a Ibarretxe ha sido esplendoroso, mucho más que la jura de Santa Gadea. Intentó lo primero el gran cruzado frente a Xabier Arzalluz. Como no era candidato, no existía el

Tierno, para quien el límite más audaz no podía estar más allá de la Comunidad europea y la socialdemocracia alemana. Con innumerables protestas, eso sí, de socialismo marxista y revolucionario, lanzado sobre todo contra la dirección del PSOE, cada vez más próxima –caído Arias– al pacto a toda costa, con los restos del sistema, dejando fuera al PCE de Carrillo si hacía falta. La cercanía personal y política a éste le parecía al profesor un certificado suficiente del progresismo e izquierdismo del PSP.

Por lo demás, su concurrencia con el MCE y la LCR en la Junta Democrática lo tenían más o menos al tanto de lo que ocurría en el País Vasco. Eugenio del Río –que es donostiarra– y los hermanos Álvarez Dorronsolo (amigos míos los tres, a los que profesó afecto y admiración) tenían una especial sensibilidad para las cuestiones vascas. El profesor Tierno, prácticamente nula.

La tragedia de Vitoria tuvo una enorme repercusión y supuso un terrible mazazo para las esperanzas reformistas. También un acicate para los partidarios de la ruptura. A pesar de la iniquidad de aquella matanza, la problemática vasca se percibía como lejana, como no-propia, como algo inasible para la capacidad de la oposición democrática. No cabía obviar la responsabilidad en los hechos de Fraga y de Adolfo Suárez, considerados puntales del reformismo desde dentro. Ambos se enzarzaron en un estúpido rifirrafe sobre la responsabilidad de aquellos sucesos.

C. Por la transición, a la oligocracia

El nombramiento de Adolfo Suárez supuso una aceleración de los proyectos reformistas y el abandono de aquella “democracia a la española” anunciada por Arias en su discurso del 26 de enero de 1976 y que no fue más allá de la ley de asociaciones políticas de 14 de junio de 1976. Supuso también una enorme potenciación de la carrera del PSOE hacia la legalización a toda marcha. Había sido sonada, en el seno de la Coordinadora Democrática, la discusión entre Enrique Mújica –que preconizaba correr a la ventanilla abierta por aquella ley de asociaciones– y Antonio García-Trevijano, que se oponía categóricamente, llegando a expulsar de la reunión (que se celebraba en su despacho de abogado de Castellana 102) al propio Mújica, que luego se vengaría difundiendo hojas anónimas y

difamatorias contra Trevijano fundadas en miserables falsedades sobre la actividad de éste en la independencia de Guinea Ecuatorial. González respaldaba la conducta felona de Mújica.

Pero todo esto es muy conocido y sólo me interesa aquí destacar las actitudes que pude detectar respecto a la realidad vasca. La prolongada pasividad de ETA, en cuanto a la lucha armada, que apenas existió desde el verano de 1976, hizo concebir a muchos la esperanza de que estaba a la expectativa de una posible solución democrática del posfranquismo para sustituir los métodos violentos por caminos puramente políticos. De hecho, había existido un relativo eclipse de la acción etarra. Así lo reconocía el número 67 de “Zutik”, de noviembre de 1976.

“Durante los últimos meses ETA se ha mantenido en el más absoluto de los mutismos, casi tanto en el terreno propagandístico como en el de la propia acción armada”. Pero la causa no era otra que esperar a que el pueblo vasco se aperciese de que el verdadero carácter de la transición no era democrático, y ganar tiempo para la “organización estable del socialismo abertzale”. ETA censuraba a la “oposición de ámbito estatal” que estaba comprometiendo su legitimidad democrática al retroceder “en la firmeza de sus premisas antifranquistas y consentir que la tratasen como oposición tácticamente consentida”.

Para ETA, nada esencial había cambiado respecto al Gobierno Arias. El de Suárez no era ni un Gobierno franquista puro –imposible tras la muerte de Franco– ni un Gobierno auténticamente antifranquista. La democracia no podía surgir como herencia del franquismo, sino como resultado de su aniquilación. ETA ponía un ejemplo emblemático. La amnistía decretada por Suárez era una “gracia más” de la monarquía. Fueron puestos en libertad militantes de diversos partidos y organizaciones comunistas e independentistas vascas, pero el delito se mantenía pues sus partidos seguían siendo ilegales.

Además, habían sido excluidos de la amnistía los “terroristas”. ETA recordaba –lo que fue muy comentado entre mis amigos y compañeros del PSP y de Justicia Democrática– que el terrorismo “se caracteriza por métodos de violencia indiscriminados” y ETA jamás los había utilizado. Había atentado exclusivamente contra los que utilizaban la violencia en la represión fascista del pueblo vasco y contra sus colaboradores. Aquella justificación de su activi-

suarista estaba siendo presidida por la claudicación de la oposición democrática. Por ser aceptados dentro de la legalidad neofranquista, sus integrantes estaban prestando legitimidad democrática a lo que no tenía ni un solo gramo de democracia.

La legalización del PCE en plena semana santa del 77 provocó el desbordamiento del optimismo. Como si fuese un regalo de la Providencia. Como si se tratase de una graciosa concesión del sistema. Parecía que esa legalización tardía y, como sabríamos después, sometida a condiciones humillantes, era el no va más del maná democrático. Estaban haciendo el “espíritu de la transición”, encarnado en el alumbramiento de un régimen oligárquico. La dictadura estaba siendo sustituida por un Estado de Partidos en el que la oligarquía de cada uno de ellos hacía y deshacía a espaldas de la militancia y, por su puesto, del pueblo.

Siempre recordaré la tremenda sorpresa que me produjo, en las calles de Almería, ver a viejos comunistas exultantes por la legalización. Algunos me abrazaban con tal entusiasmo que llegaba a emocionarme. Pero no podía reprimir la pregunta: “¿Todo esto porque se empieza a reconocer un derecho tan elemental como la libertad de asociación política? ¿Todo esto por gratitud a un presidente que había cedido a la necesidad?” Aunque parezca mentira, Carrillo inició desde entonces una política de hermandad y pleitesía con Suárez, al tiempo que desmovilizaba y desmotivaba al PCE. La operación le había resultado a Suárez mucho más rentable que la de Tarradellas. ¿Cuáles serían los límites de la claudicación de Carrillo? La desaparición del PCE.

Antonio García-Trevijano aprendió muy pronto el alcance de la gran mascarada. Detenido y preso por ser presidente de la Junta Democrática –delito de sedición– pasó varios meses en la cárcel de Carabanchel por decisión de Suárez y de Fraga, ante la satisfacción de González, que llegó a pedir la prolongación del encierro de Trevijano. Este cayó bajo la “jurisdicción” del TOP, representada en su caso por el magistrado Rafael Gómez Chaparro. Coincidió en la cárcel con militantes del MCE –como Javier Alvarez Dorronsolo– y de la propia ETA, que eran, según Trevijano, muy “retraídos” pero que apoyaban todas las causas de los demás presos políticos. Cuenta Trevijano que un buen día apareció en la cárcel el juez Gómez Chaparro para tomarle declaración. Le leyó un comunicado de la Coordinadora Democrática, elaborado por Antonio, y le

preguntó si había escrito aquello. Antonio respondió afirmativamente.

“Entonces, reconoce usted que ha cometido un delito contra la forma de Gobierno”. “No”, contestó Antonio. “Pero si usted ha escrito esto y, además, es experto en Derecho ¿cómo va a negar que lo que ha escrito constituye un delito contra la forma de Gobierno?”. “Porque no lo he cometido”, contestó Trevijano. Chaparro se encolerizó y barbotó: “¡Le voy a...!”. Antonio lo interrumpió: “¿Va usted a meterme en la cárcel?”. Ante la ironía, el juez se calmó y le dijo: “¿Por qué no reconoce lo evidente?”. Trevijano le replicó: “Lo único evidente es que, al preconizar un régimen republicano, no voy contra la forma de gobierno, sino contra la forma de Estado. Usted es un ignorante”. Aquello circuló inmediatamente por la cárcel. Cuando Trevijano –siempre elegante, elegante y con los zapatos brillantes– entró en el comedor, el aplauso fue unánime.

D. Optimismo y miedo

En septiembre de 1976, ETA mató a Juan María Araluce Villar, consejero del reino, al que se acusaba de haber apoyado a Sixto de Borbón en los hechos criminales de Montejurra y de apoyar también la ejecución de la pena de muerte de Otaegi. Como la oposición democrática condenó el atentado, ETA la tildó de “oportunistas” y calificó su actitud como “miedo irracional a la represión”. La oposición había descubierto ante la opinión pública a sus cuadros organizativos “y ahora –decía ETA– temen quedar descabezados”. “Ello sucede a quien, abandonando lo hecho, pone todas sus esperanzas en la voluntad del enemigo”.

Sin embargo, la Coordinadora Democrática terminó apoyando la convocatoria de huelga general lanzada por KAS para el día 27 de septiembre, primer aniversario de los asesinatos legales de Otaegi y compañía. Aunque la Coordinadora se negó inicialmente a apoyar esa huelga, que tuvo un rotundo éxito en el País Vasco, las presiones del MCE y de la LCR terminaron imponiéndose. ¿Cabía pensar en que la oposición democrática estaba dispuesta a conectar institucional y funcionalmente con las fuerzas más representativas

FULGOR DE LIBERTAD (el Estado contra Euskal Herria) Joaquín Navarro

Es un grito desgarrado del que sabe que nadie respetará la integridad de su casa, la dignidad de su tierra y la libertad de los suyos sino impone respeto a sus enemigos y adversarios. Es el grito lacerante de un pueblo harto de imposiciones y difamaciones de la más variada laya y que tiene muy sabida la lección de la historia: ninguna libertad se concede graciosamente, ningún derecho se reconoce y garantiza sin una lucha sostenida que exige condición y coraje. Euskal Herria sólo pasará del proyecto a la realidad, del sueño a la cosecha y de la frustración a la realización con la lucha colectiva, dura y altiva, del pueblo vasco y, sobre todo, de sus minorías más concienciadas. De las vascas y los vascos que sienten la pasión por la libertad política de Euskal Herria como un hierro infernal en el costado. Pero la libertad hay que tomarla. Si es otorgada desde arriba no echa raíces que se hundan en el alma del pueblo y puede ser retirada por los mismos que la concedieron graciosamente. Cuando algo viene llovido del cielo, todo puede ser devuelto a los infiernos.

Fulgor de libertad. El Estado contra Euskal Herria, la última obra de Joaquín Navarro que ahora publica KALE GORRIA, describe con pasión y brillantez los episodios más recientes de esa lucha y de esa conquista protagonizada por el pueblo vasco.

